

# La misión de la nueva evangelización en América

**Mensaje de apertura del VI COMLA - I CAM, Paraná, Argentina, 28 de septiembre de 1999<sup>1</sup>**

*Card. Jozef Tomko, prefecto de la Congregación para la evangelización de los pueblos*

**E**nviado por el Santo Padre a presidir este *VI Congreso Misionero Latinoamericano - I Congreso Americano Misionero*, saludo y abrazo, con afecto y en su nombre, a todos y cada uno de vosotros y a todos los miembros de las iglesias que vosotros representáis.

Saludo en particular modo y con profunda gratitud, a Mons. Estanislao Esteban Karlic, Arzobispo de Paraná, Presidente de la Conferencia Episcopal y del *VI Congreso Misionero Latinoamericano - Primer Congreso Misionero Americano (VI COMLA - I CAM)*; y saludo, con no menor afecto, a todos y cada uno de los miembros del episcopado de Argentina, a los obispos, directores nacionales de las Obras misionales pontificias, agentes de pastoral misionera, misioneros y misioneras y miembros representantes y delegados de las iglesias locales y particulares que están en América y de otras naciones hermanas que están más allá del continente.

Elevo con gozo mi acción de gracias al Padre por permitirnos realizar hoy aquí, unido al *VI Congreso Misionero Latinoamericano, el 1º Congreso Misionero Americano* de la historia. Confieso que mi corazón se emociona al vivir este momento, continuación y en cierto modo, fruto de los pasados COMLAS, a los cuales, en su mayoría, he tenido el privilegio y el gozo de participar. Con el Primer CAM sembramos hoy una nueva semilla que, conforme a la inspi-

---

<sup>1</sup>Agradecemos al cardenal Jozef Tomko el permiso de publicar el presente mensaje (nota el editor).

ración que llega del Sínodo, sabrá prolongarse y desarrollarse con los futuros *Congresos Misioneros Americanos*.

¡Cómo no emocionarse, hermanos, al recordar el modo misterioso y, al mismo tiempo, simple a través del cual, *casi sin que el hombre lo pretendiera*, sirviéndose de la conjunción de diversos factores humanos, por originaria e indiscutible inspiración del Espíritu Santo, quiso el Señor dar origen a los *Congresos Misioneros Latinoamericanos!*

Fueron factores que motivaron, en efecto, que el 7º Congreso Misionero Nacional de México celebrando del 20 al 23 de noviembre de 1977 en la ciudad de Torreón (México), se convirtiera en el primer Congreso Misionero Latinoamericano, reconocido tal, sobre todo gracias a la entusiasta presencia del Enviado Especial del Santo Padre, nuestro querido y recordado Cardenal Agnelo Rossi, mi predecesor en la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, como también, a la participación de los Presidentes de Comisiones Episcopales de Misiones y de los Directores Nacionales de las Obras Misionales Pontificias de diversos países latinoamericanos. Significativo y casi profético era su lema: «*Salvación universal, compromiso de México*».

La adopción de la ya famosa sigla: «COMLA», se debe al Segundo Congreso Misionero Latinoamericano celebrado también en México, en la ciudad de Tlaxcala, del 17 al 22 de mayo de 1983, cuyo significativo lema proclamaba: «*Con María, misioneros de Cristo*».

El COMLA 3, celebrado en Bogotá (Colombia), del 5 al 8 de julio de 1987, en la perspectiva del lema: «*América, llegó tu hora de ser evangelizadora*», aportó crecientes luces a las Iglesias del continente y dio nuevo y entusiasmante aliento para lanzarse hacia la misión *ad gentes*. Un programa y un propósito asumido, continuado y animado por el COMLA 4, celebrado del 3 al 8 de febrero de 1991 en la ciudad de Lima (Perú), bajo el lema: «*América Latina, desde tu fe, envía misioneros*».

El COMLA V, en fin, celebrado en Belo Horizonte (Brasil), impulsado por el lema: *Vinde, vede e anunciai!*, ha logrado dar mayor impulso al compromiso misionero específicamente *ad gentes*, tanto

*ad intra*, cuanto *ad extra*, de muchas de las iglesias en América Latina.

Así, alentados y sostenidos por la Santa Sede, organizados conjunta y responsablemente por las Direcciones Nacionales de las *Obras Misionales Pontificias* y por las Comisiones Episcopales de Misiones en América Latina y del Caribe, bajo la dirección y coordinación de la conferencia episcopal anfitriona, los COMLAS, se han manifestado como momentos de gracia y como eventos de fundamental papel protagonista en el despertar y crecimiento de la conciencia y del espíritu misionero de las Iglesias del *continente de la esperanza* (cf. *DSD* 125).

### 1. En el contexto del gran jubileo misionero

Y ahora, poco antes de abrir las puertas del *Tercer Milenio*, la Iglesia que está en América se dispone a celebrar, en el contexto por demás providencial del Gran Jubileo de la Salvación del Año 2000, su primer Congreso Misionero Americano; acontecimiento que se injerta en la conmemoración del evento, único e irrepetible, de la *encarnación del Hijo de Dios, del enviado de Dios* y, por lo mismo, en la conmemoración del nacimiento de la «misión» en el mundo: «*Cuando llegó la plenitud de los tiempos Dios mandó ("misit") a su Hijo, nacido de mujer*» (Ga 4, 4), por obra del Espíritu Santo.

«*Mandó a su Hijo*», pues, "tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3, 16).

Amor de Dios que se dilata en la misión que el Padre confía al Hijo y que el Hijo realiza en la tierra con el poder del Espíritu. Misión que, idéntica y siempre como obra suya, ha sido y es a su vez confiada a su Iglesia para que sea realizada, no de manera autónoma y ni siquiera con solo las propias fuerzas, sino como obra divino-humana a la cual Jesucristo, muerto y resucitado ha prometido y asegurado su asistencia: «*Yo estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos*» (Mt 28, 20).

«*Como el Padre me envió ("misit") también yo os envío ("mitto")*» (Jn 20, 21). El «*ser*» misionero de la Iglesia, *sacramento universal de salvación en Cristo* (LG 54.48; EN 15), no es para ella

un aspecto periférico o decorativo; es la característica que determina su rostro, el factor constitutivo de su misma naturaleza (cf. *EN 5.62*). *Misionera por naturaleza*, para ser en todo tiempo, pues lo es, *sacramento universal de salvación*.

La providencial realización de nuestro congreso en el contexto de la celebración del jubileo de la salvación-jubileo de la misión, interroga y compromete a todos los creyentes en Cristo que habitan en el continente, pues «*toda la Iglesia y cada Iglesia es enviada a las gentes*» (*RM 62*); todas las comunidades cristianas y cada uno de sus miembros están llamados a ser «*testimonios... hasta los últimos confines de la tierra*» (*Act 1, 18*): «*ad gentes*».

## 2. Misión «ad gentes»

El mandato de Cristo «*alcanza al corazón mismo de la Iglesia... enviada a las gentes*» (*RM 62*), que hace de la actividad misionera «ad gentes» la «*responsabilidad más específicamente misionera que Jesús ha confiado y diariamente vuelve a confiar*» (*ChL 35; RM 34*) a la Iglesia universal y, en ella, a toda iglesia particular (cf. *RM 49*).

La «*actividad primaria*», «*esencial y nunca concluida*» —afirma la *Redemptoris Missio*—, es la actividad misionera «ad gentes», —«ad intra» y «ad extra»— (cf. *RM 31*; cf. *35*), pues ella se dirige «a cuantos —y son millones de hombres y mujeres— no conocen todavía a Cristo Redentor del hombre» (*RM 31*), a los grupos humanos, a los pueblos, a los «*areópagos modernos*» y a los ambientes territoriales «*no cristianos, debido a la ausencia o insuficiencia del anuncio evangélico y de la presencia eclesial*» (*RM 34*).

## 3. El mundo y la misión

Por ello, considerar y reflexionar, pero sobre todo, aceptar y hacer aceptar este deber y compromiso misionero, es la tarea que se encomienda a este nuestro *VI Congreso misionero latinoamericano — I Congreso misionero americano*.

El Santo Padre, la Iglesia y el mundo esperan mucho de nuestro congreso y de toda la Iglesia que está en América; Iglesia que sabe perfectamente bien que «*la misión atañe a todos los cristianos, a*

*todas las diócesis y parroquias, a las instituciones y asociaciones eclesiales*» (*RM 2*), pero que al mismo tiempo, «*la misión de Cristo Redentor confiada a la Iglesia está aún lejos de cumplirse*» (*RM 1*).

En el año 2000 la población de nuestro planeta alcanzará los 6.000 millones de personas. Actualmente los católicos son 1.000 millones; los cristianos juntos constituyen casi una tercera parte de la humanidad, mientras que más de dos tercios no conocen todavía a Jesucristo ni su mensaje y estas poblaciones aumentan a un ritmo mayor de los cristianos.

La actividad misionera en Africa va adelante. En 1900 los católicos eran 2 millones, hoy son 110 millones, es decir, casi el 15% de la entera población africana. Es una Iglesia dinámica, plena de potencialidad, no obstante sus luces y sombras. Hoy goza de una cierta libertad de acción, excepto en algunas zonas de estricta observancia musulmana (por ejemplo Libia, Sudán, Somalia), y no faltan algunos factores que sugieren y piden particular atención (por ejemplo en Ruanda, República Democrática del Congo-ex Zaire, Malawi, Sierra León, Angola...).

Pero, por otra parte, se contempla un progresivo aumento en la toma de conciencia misionera de los africanos. Sus Institutos locales exclusivamente misioneros («*Society of St. Paul*», «*Apostles of Jesus*» y numerosas Congregaciones femeninas) son prueba de ello; y se están ya desarrollando centros o polos de acción evangelizadora en varias naciones: Burkina Faso, Nigeria (Onitsha-Owerri), Uganda, Tanzania, Mauritius.

Asia ha sido señalada por el Santo Padre como el «*continente hacia el cual debería orientarse principalmente la misión ad gentes*» (*RM 37 y 40*). Y no debe ser diversamente. De hecho, en Asia vive el 60% de la humanidad y el 85% de los no-cristianos. Tan solo el 2,7% de sus habitantes son católicos (122 millones, de los cuales 50 viven en Filipinas, 15 en India y 7 en Vietnam); y en varios países los católicos son apenas el 0,5% o menos (Pakistán, Tailandia, Bangladesh, Japón). Los desafíos de la misión son, pues, inmensos y de variado tipo: políticos e ideológicos (China, Vietnam), culturales y religiosos (las grandes religiones antiguas), económicos y sociales. China con sus 1.200 millones de habitantes y tan solo 10 millones de católicos, representa un capítulo a parte.

Oceanía, este inmenso «continente líquido» tiene más de ocho millones de católicos sobre un total de 29 millones de habitantes. Ahí la evangelización encuentra no pocos problemas. Es una Iglesia que está siendo fuertemente probada por el dolor.

En Europa existen doce diócesis sujetas a «*Propaganda Fide*»; se difunde la *descristianización* y, por otra parte, los grupos de inmigrantes islámicos, hinduistas y budistas están aumentando notablemente: ¡La misión *ad gentes* está llamando *ad intra*, a las puertas del viejo continente!

¿Y qué decir de la Iglesia en América, que, evangelizada desde hace más de 500 años, aún cuenta con notables grupos humanos que esperan ser evangelizados integralmente, pero que al mismo tiempo alberga en sí, en su conjunto más de la mitad del total de todos los católicos del mundo? Esta Iglesia, ciertamente viva, ¿qué porcentaje de misioneros destina hoy a la actividad primaria de la iglesia, a la misión *ad gentes*? ¿Cuánto le falta para, como consecuencia lógica y coherente, dedicar a tan irrenunciable tarea más de la mitad de los misioneros que la misión está exigiendo?

He aquí el reto basilar que se le presenta hoy a la Iglesia en América:

Por su parte, la Iglesia en América Latina y el Caribe aparece cada vez más como Iglesia poseedora de un creciente potencial misionero «*ad gentes*»; un potencial que en circunstancias diversas se ha mantenido adormecido en su idea, errónea, de ser, sí, misionera, pero pasivamente.

Sin embargo, gracias al proceso vivido en los últimos decenios, América Latina va tomando conciencia de su vocación a ser, no pasiva, sino activamente misionera. Pero esta conciencia debe crecer y producir mayores frutos en favor de la misión «*ad gentes*».

El potencial está ahí, en su número, pero también y sobre todo, en los profundos y maravillosos valores de fe y de humanidad; en el fuego, dinamismo, entusiasmo y optimismo, que caracterizan a sus gentes y que han sabido y quieren transmitir a toda la Iglesia universal, en primer lugar a sus iglesias hermanas del norte.

#### 4. América y la misión «ad gentes»

Es innegable que de frente a las exigencias que el mandato del Señor comporta hoy, no pocas iglesias particulares del continente han asumido compromisos directos en la actividad misionera, enviando sus propios sacerdotes, religiosos y laicos a zonas y regiones por evangelizar. Sin embargo, como con razón han relevado los obispos latinoamericanos en *Santo Domingo* (cf. CSD 125-128), «*la conciencia misionera ad gentes es aún insuficiente y débil*». Hay lagunas y límites: la actividad misionera sigue siendo delegada solo a algunas categorías eclesiales, sobre todo a los religiosos y religiosas; sigue siendo fuerte y sintomática la resistencia de muchas iglesias particulares por liberarse de la crónica y casi exclusiva contemplación de las reales o aparentes necesidades y problemáticas existentes dentro de su propia iglesia local o particular; análoga resistencia se sigue mostrando a la tantas veces repetida propuesta de instituir un programa explícito de formación misionera para los seminaristas y para los aspirantes a la vida religiosa, etc.

¿Es o no es verdad, como afirma la *Redemptoris Missio* (2), que «*en la historia de la Iglesia, este impulso misionero ha sido siempre signo de vitalidad*», y «*la fe se fortalece dándola*»? Y si es, como lo es, verdad, ¿por qué no convencerse entonces de que toda la estrategia pastoral corriente y las actividades de la evangelización renovada, deben basarse en un principio fundamental: informar, formar, tomar conciencia y compartir, con un renovado compromiso misionero, la fe a los no-cristianos? «*La misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones*» (RM 2).

#### 5. El compromiso «ad gentes» desde América para el tercer milenio

El lema de nuestro congreso proclama: «*América, con Cristo, sal de tu tierra*». Y, en efecto, las Iglesias en América deben ser mutuamente «sal» en favor de la solidaridad y de la comunión, pero para la Misión. Este es el impostergable momento misionero de América. Momento de «salir» y ser Iglesias particulares activamente misioneras «ad gentes». Para América, la misión debe constituir hoy el respiro continuo, rítmico, irrefrenable de su vida.

Y, entonces, es absolutamente indispensable que cada Iglesia particular se ponga en marcha para discernir, programar y actuar «*iniciativas concretas, incluso a nivel internacional, que lleven a la práctica, con gran dinamismo y creatividad*», el programa que el mismo Santo Padre les propone, esto es, *fomentar una mayor cooperación entre las Iglesias hermanas, enviar misioneros (sacerdotes, consagrados y fieles laicos) dentro y fuera del continente, fortalecer o crear (si fuera necesario) Institutos misionales, favorecer la dimensión misionera de la vida consagrada y contemplativa y dar un mayor impulso a la animación, formación y organización misional (Ecclesia in America, 74).*

Y todo ello teniendo un objetivo concreto y específico, esto es, la evangelización «*ad gentes*» en su doble dimensión: «*ad intra*» y «*ad extra*»:

a) «*Ad intra*»: hacia los numerosos territorios «misioneros» del sur, centro y norte del continente, que aún están bajo la jurisdicción de la *Congregación para la Evangelización de los Pueblos*. Pero, por otra parte, en modo prioritario urge lanzar la mirada y la acción evangelizadora del «*primer anuncio*» hacia «*aquéllos que, viviendo en este continente, aún no conocen el nombre de Jesús. Baste pensar a las etnias indígenas aún no cristianizadas o en la presencia de religiones no cristianas, como el Islam, el Budismo o el Hinduismo, sobre todo en los inmigrantes provenientes de Asia*» (Ibídem; cf. 64.65.73, etc.).

b) «*Ad intra*», pero también «*ad extra*», porque «*las Iglesias particulares de América están llamadas a extender su impulso evangelizador más allá de sus fronteras continentales. No pueden guardar para sí las inmensas riquezas de su patrimonio cristiano. Han de llevarlo al mundo entero y comunicarlo a aquéllos que todavía lo desconocen. Se trata de muchos millones de hombres y mujeres que, sin la fe, padecen la más grave de las pobreza*s» (Ecclesia in America, 74).

Este es el preciso programa que el Papa pone en el corazón de cada una de las Iglesias particulares de América, en primer lugar en las manos del VI Congreso misionero latinoamericano – I Congreso americano misionero. A su realización dedicarán sus mejores esfuerzos. En este contexto las Iglesias locales y particulares encontrarán una espléndida, necesaria y eficaz colaboración en las

Obras Misionales Pontificias, instrumentos misioneros que, «*por ser del Papa y del Colegio Episcopal, incluso en el ámbito de las Iglesias particulares, "deben ocupar con todo derecho el primer lugar"*» (RM 84; cf. Estatutos OO. MM. PP., I.2; Cooperatio Missionalis, 2).

Los pastores, en cuanto sucesores de los apóstoles, han sido y son *enviados* y consagrados para anunciar a todas las gentes –y no solamente a la propia diócesis– se sentirán especialmente animados y comprometidos con esta tarea. El haber sido puestos al frente de una porción de la Iglesia no exime a ninguno del derecho-deber que sobrepasa las fronteras de la Iglesia particular, desde la cual y en la cual debe vivirse, en manera nítida, decisiva y por demás eficaz, la dimensión misionera connatural a la misión del Pastor y de la misma Iglesia.

A la luz de este derecho-deber irrenunciable, «*abriéndose a la universalidad de la Iglesia*» (RM 86), es necesario que los pastores se decidan a enclavar pronta y definitivamente «*como elemento primordial de su pastoral ordinaria* en las parroquias, asociaciones y grupos, especialmente juveniles» la *Animación misionera* (cf. RM 83).

Animación que, como afirma la *Redemptoris Missio*, comprende fundamentalmente cuatro etapas ligadas entre sí: a) «*informar y formar* al Pueblo de Dios; b) *para* la misión universal de la Iglesia; c) *promover vocaciones ad gentes*; d) *suscitar cooperación para la evangelización*» (RM 83).

Informar en forma amplia y verídica a los cristianos sobre la realidad y estado de la misión, para que «*sintiendo como propia la actividad misionera, abran el corazón a las inmensas y profundas necesidades de los hombres*» (AG 36).

Formar a todos los miembros del Pueblo de Dios: pastores, sacerdotes, consagrados, laicos, para crear y acrecentar en ellos el espíritu, la apertura, la sensibilidad, el amor, las convicciones y, finalmente, el deseo de donarse a la misión «*ad gentes*» («*ad intra*» y «*ad extra*»).

Formación misionera de todos los fieles sin excepción, en particular de las familias, lugar primario de la iniciación y de la transmisión de la fe y del surgir de las vocaciones.

Formación misionera sólida y permanente de quienes se preparan al sacerdocio o a la vida religiosa. [A este propósito no puedo no renovar ardientemente la invitación que ya tantos Sumos Pontífices hicieron en el pasado y que, interpelando a los Pastores de las Iglesias particulares del continente, yo mismo, en tantas y diversas circunstancias, he renovado]. Es, pues, necesario y urgente introducir en el curriculum de estudios de todos los seminarios y casas de formación, el curso obligatorio y específico de misionología. ¡Los primeros que serán beneficiados de ello serán las propias Iglesias particulares!

Formación misionera, que en el ámbito de la formación permanente, debe proporcionarse también a los sacerdotes diocesanos, religiosos y religiosas, de vida activa o contemplativo, y a todos los demás agentes de la evangelización, pues todos ellos están llamados, por vocación a ser promotores del espíritu misionero y a ser ellos mismos misioneros. En este contexto sería conveniente que los pastores destinen a algunos a cursar estudios de especialización misionera y misionológica en los centros e Institutos que ya existen en algunos de los países latinoamericanos. Las Iglesias y las misiones ganarán mucho con ello.

Hay que recordar, sin embargo, como la *Redemptoris Missio* ha puntualizado, que la animación misionera no solamente tiene un *para*, es decir, una meta inmediata (informar y formar), sino que tiene también, y le es esencial, un objetivo primario por alcanzar: disponer y conducir el cuerpo eclesial a la *cooperación misionera*, es decir, debe hacer que toda iglesia particular y todos sus miembros, sean no sólo de título y derecho, sino también de hecho, misioneros «*ad gentes*».

He aquí el por qué decir *cooperación misionera*, quiere decir no sólo *comunión*, sino también y sobre todo, *donación* en el significado más preciso y exigente del término. La cooperación debe producir tangibles y cotidianos signos «*de la madurez de la fe y de una vida cristiana que produce frutos*» (RM 77), y entonces: testimonio coherente, personal y comunitario, de vida cristiana; oración confiada y constante; aceptación y ofrecimiento, unido a la pasión de

Cristo, de las pruebas, del dolor y de los sacrificios de la vida (cf. CSD 128); generosa participación de los propios bienes materiales en favor de la actividad misionera.

Pero no basta. El mandato del Señor es, sobre todo, un «*id*», y la Iglesia tiene el deber de expresar y garantizar concretamente la actividad misionera a través del *enviado*, pues, «*no se da testimonio sin testigos; no existe misión sin misioneros*» (RM 61).

Missionaries!, more missionaries! Missionary animation must dedicate its best energies to promotion: vocations for the mission «*Within the continent and abroad*» (*Ecclesia in America*, 74).

¡Misioneros, misioneras y más misioneros! A su promoción, la animación misionera debe dedicar sus mejores energías. Las vocaciones misioneras son el fruto prioritario de la animación (cf. RM 79.64.83.85). Son ellas las que darán razón de la validez y eficacia de la misma animación: Vocaciones, para la misión misionera «*dentro y fuera del continente*» (cf. *Ecclesia in America*, 74); vocaciones en primer lugar y sobre todo, misioneras «*de por vida*», pues ellas son «*el corazón de la cooperación*» (RM 79; cf. 64.83.85); A su promoción, hay que dedicar los mejores, prioritarios y más intensos esfuerzos.

Y no sólo, la cooperación misionera de los Institutos religiosos, masculinos y femeninos, de vida activa o contemplativo, con o sin carisma específicamente «*ad gentes*», ha sido y sigue siendo válida y necesaria (cf. RM 66; CIC, can. 873) y por ello hay que motivarla y alentarla con perseverancia.

Con no menor empeño es indispensable consagrarse a la promoción de aquella otra forma de cooperación indispensable, esperanzadora y posible a todos, no obstante su pobreza en personal: la de los sacerdotes diocesanos «*Fidei donum*» (cf. RM 68). Forma de cooperación misionera entusiastamente que tiene su fundamento doctrinal en la naturaleza misma del sacramento del Orden; pues, «*el don espiritual que los presbíteros recibieron en la ordenación no los prepara a una misión limitada y restringida, sino a la misión universal y amplísima de salvación "hasta los confines de la tierra"*». (RM 67; cf. *Presbyterorum Ordinis* 10; *Pastores dabo vobis* 14; *Vita consecrata* 72).

Y, ¿qué decir de la imponente fuerza misionera que puede constituir el laicado misionero? A su papel y tarea la encíclica *Redemptoris Missio* siguiendo el Vaticano II (cf. AG 35-36; 41) y la exhortación apostólica *Christifideles laici* (cf. n. 35), dedica densas páginas (cf. RM 71 ss). «*Todos los laicos –afirma–, son misioneros en virtud del bautismo*». La necesidad de que todos compartan la responsabilidad misionera *ad gentes*, no es solo cuestión de eficacia apostólica, sino un deber-derecho fundado en su dignidad de bautizados. Deber-derecho que los vincula aún más a aquellas situaciones en las cuales los hombres no pueden escuchar el Evangelio y conocer a Cristo sino por su medio (cf. CIC can. 225, 1).

¡Cuántos misioneros laicos se pueden encontrar en las tierras de misión, catequistas, enfermeros, médicos, técnicos, agrónomos, constructores, etc., todos con un concreto propósito: anunciar, con el testimonio de su vida y con la palabra, el Evangelio de Jesucristo a sus hermanos los hombres!

Cierto, la gran parte de los fieles no puede ir a las misiones. Pero ello no constituye un obstáculo insuperable para ser verdadera y válidamente misionero. De suyo, antes de *hacer*, hay que *ser* cristianos misioneros. Ser y vivir coherentemente como verdaderos cristianos. Creer en y a Jesucristo, vivir con El. Así se podrá ser ya, en cualquier circunstancia, verdaderamente *testigo de Cristo*. El *hacer*, si se *es* cristiano, se irá espontáneamente manifestando en el apostolado y en la cooperación misionera: oración, sacrificio, testimonio, anuncio, trabajo, cooperación financiera y hasta personal. Todo para que Jesús sea cuanto antes conocido y amado por todos los hombres.

## Conclusión

¡El reto, el programa, la tarea que Cristo y la Iglesia Universal nos encomiendan realizar al iniciar el nuevo milenio, está aquí! ¡Abramos las puertas de la mente y del corazón, de las Iglesias particulares a la «comunió» para la «misión *ad gentes*»! Como el mismo Santo Padre nos advierte, «*sería erróneo no favorecer una actividad evangelizadora fuera del continente con el pretexto de que todavía queda mucho por hacer en América o en la espera de llegar antes a una situación, en el fondo utópica, de plena realización de la Iglesia en América*» (n. 74). ¡Toma conciencia, Iglesia en

América, de que solo creciendo en espíritu y donación misionera, podrás enriquecerte! (cf. RM 49).

Los horizontes y las exigencias de la *misión* son inmensas y la tarea, por lo mismo, no lo es menos: ¡nuestra responsabilidad ante Cristo y ante el mundo es, pues, grande!: «*Ningún creyente en Cristo, ninguna institución de la Iglesia puede substraerse a este deber supremo: anunciar a Cristo a todos los pueblos*» (RM 3).

Al iniciar el tercer milenio en el contexto extraordinario de gran jubileo de la Salvación, *del aniversario de la misión*, Jesucristo debe encontrar a las Iglesias particulares de toda América comprometidas decidida, y activamente con la misión *ad gentes*, «*ad intra*» y «*ad extra*».

Dios Padre, por intercesión de *Nuestra Señora de Guadalupe, Madre y Evangelizadora de América* («*Ecclesia in America*», 11), ayuda para que la respuesta positiva y la decidida colaboración de los creyentes en Cristo que viven en América, logre realizar el deseo misionero del Santo Padre –del mismo Jesucristo–: contemplar los inmensos campos de la misión, cubiertos de generosos misioneros, hijos de la Iglesia que está en América.

¡Adelante, pues, sin dudas ni temores! ¡América misionera, con Cristo, sal de tu tierra! ¡Álzate, camina y ve siempre adelante! ¡América, misionera para siempre!